

á luz, que por los reyes de que habia librado á la Francia.

Clotario falleció en el año 628, dejando dos hijos: Dagoberto y Cariberto. Este último murió de allí á poco y un hijo que dejó llamado Childerico fue envenenado por su tío. Otro hermano de Childerico, Boggis, se contentó con la Aquitania á título de ducado hereditario.

El rey Dagoberto iba siempre acompañado de una numerosa turba de concubinas, es decir, de mezquinas mujeres que no eran esposas suyas, sin contar otras que no le acompañaban y tenían nombre y prerogativas de reinas. (Mer des Hist. et chron.) Gregorio de Tours hace mención de tres reinas: Nantilde, Vulgunda y Bertilde, dispensándose hablar de las concubinas, porque, según él dice, «son demasiado numerosas.» Los tesoros de Dagoberto y de San Eloi han llegado á adquirir celebridad. *El rey hacia extraordinarios gastos en cacerías* (Mer des Hist.) Consérvase una interesante y poética tradición de un ciervo que se refugió en una ermita edificada en *Catulliac* por Santa Genoveva sobre los cuerpos de San Dionisio y compañeros. Allí fue donde Dagoberto echó los cimientos de aquel capitolio en que los franceses conservan sus crónicas juntamente con las regias cenizas, como documentos auténticos de su historia. Bonaparte mandó recomponer las desoladas galerías subterráneas de este edificio y en cambio de las antiguas glorias de que habían sido despojadas, les prometió su imperial ceniza. Bonaparte no podía cumplir esta palabra que daba á las tumbas. Los restos de Luis XVIII ocupan apenas un oscuro rincón de los nichos vacíos juntamente con los de María Antonieta y Luis XVI, y algunos huesos salvados del destierro. Luego el último de los Condé, ante cuyo féretro Bossuet habria enmudecido, ha venido á ocultarse cerca de su padre. Vanamente el duque de Berry está aguardando en esos sepulcros de esperanza á su padre, á su hermano y á su hijo. ¿Para qué preparar anticipadamente asilos á la nada, siendo el hombre una cosa tan vana que ni aun seguridad tiene de nacer?

Los dos hijos de Dagoberto, Sigeberto II ó III, rey de Austrasia, y Clodoveo II, rey de Borgoña y de Neustria gobernaron el imperio de los francos. Pipino el viejo que fue gobernador de palacio en tiempo de Dagoberto siguió desempeñando el mismo puesto bajo el reinado de Sigeberto.

Sigue la confusa época histórica de Dagoberto II y III, de Clotario III, de Childerico II y de Tierrí III. El poder real habia pasado á los gobernadores de palacio despues de las sangrientas disputas de Grimoaldo, Arquimbaldo, del obispo Seger y de Ebroin.

Este último fue asesinado: ocurrieron muchas elecciones de gobernadores de palacio siendo la última la que recayó en Bester. Pipino de Heristal, duque de Austrasia, nieto de Pipino el viejo, padre de Carlos Martel, abuelo de Pipino el Breve y tatarabuelo de Carlo-Magno, hizo la guerra á Tierrí sin dejar por eso de darle el dictado de rey. Tierrí fue vencido, pero Pipino, lejos de destronarlo, se contentó de partir con él la autoridad suprema, reinando á su lado bajo el nombre de gobernador de palacio. A sus esfuerzos se debió el haber vuelto á someterse á la obediencia los pueblos que se habian emancipado de la monarquía de los francos.

En Tierrí III principia la serie de los reyes llamados *perezosos*. La enérgica índole de la primera raza se desvirtuó prontamente y los hijos de Clodoveo no tardaron en caer de lo alto del pavés al fondo de una carreta tirada por bueyes.

Pipino continuó reinando en tiempo de Clodoveo III, de Childeberto III, hijo de Tierrí, y durante una parte del reinado de Dagoberto III, hijo de Childeberto III (desde el 692 al 714). Al morir parece que desconoció la gran disposición de su hijo Carlos Martel, ó no

se atrevió á nombrarlo sucesor de su dignidad por no ser Carlos hijo de legítimo matrimonio, sino de una concubina llamada Alpaida, y en su lugar nombró á un nieto llamado Teudoaldo. Vióse, pues, elevado á la gobernación de palacio un niño bajo la tutela de su abuela Plectruda, como si se hubiera tratado de un rey hereditario. Carlos que aun no habia adquirido su sobrenombre histórico fue reducido á prision por voluntad de su abuela Plectruda. Los francos se sublevaron: Teudoaldo huyó, Carlos pudo evadirse de la prision y los austrasianos lo reconocieron por rey.

Entre tanto los sarracenos llamados por el conde Don Julian invadieron la España y derrotaron á los visigodos. Los pueblos del Norte se precipitaban sobre la Francia.

Dagoberto muere dejando un hijo llamado Tierrí; pero los francos elevan á la suprema dignidad á Daniel, hijo de Childerico, que reinó bajo el nombre de Chilperico II hasta que habiendo tenido un combate con Carlos, duque de Austrasia, fue vencido y tuvo que retirarse á Aquitania, por haber el vencedor puesto en su lugar á Clotario IV. No tardó este en morir y Carlos llamó otra vez á Childerico II y despues de haberlo sentado en el trono se contentó con ser su gobernador de palacio.

Tierrí IV (dice Mr. de Chelles), hijo de Dagoberto III sucedió á Chilperico II (720). En tiempo de este Tierrí fue cuando Carlos Martel desplegó los talentos militares que le dieron celebridad. Los sarracenos habian atravesado ya la España, pasado los Pirineos, é inundado la Francia hasta el Loira. Carlos Martel los derrotó entre Tours y Poitiers, matándoles mas de trescientos mil hombres (732). Este es uno de los mas notables sucesos de la historia. Si los sarracenos hubiesen triunfado, el mundo seria tal vez mahometano. Carlos venció también á los frisones, redujolos de grado ó por fuerza al cristianismo é incorporó su país á la Francia.

Carlos venció á Eudes, duque de Aquitania, y obligó á Herald, hijo de Eudes, á rendirle homenaje por los Estados de su padre.

Habiendo muerto Tierrí, Carlos reinó solo sobre toda la Francia con el dictado de duque de los francos desde el 737 hasta el 741. Refrenó á los sajones nuevamente sublevados, y expulsó de Provenza á los sarracenos. Gregorio III le propuso sustraerle, como pontífice, de la dominación del emperador Leon y proclamarle (á Carlos) consul de Roma: de aquí data la autoridad temporal de los papas.

Al morir Carlos (741) se repartió su autoridad real entre sus dos hijos Carloman y Pipino. Este último, electo jefe de la Neustria, Borgoña y Provenza proclamó rey de esa parte del reino á Childerico III, hijo de Childerico II. Carloman retuvo el gobierno de la Austrasia hasta que por último se retiró á Roma y abrazó la vida monástica.

Cuando el viajero francés ve el Soracte en el horizonte de la campaña romana ¿se acordará que un franco, hijo de Carlos Martel, hermano de Pipino el Breve, y tío de Carlomagno habitó una pequeña celda en la cumbre de aquella montaña?

Childerico III fue destronado, tonsurado y reducido á vivir en el monasterio de Silhin (Saint-Bertin), hasta su muerte que ocurrió en 754. Su hijo Tierrí, pasó sus dias á la sombra de los claustros del convento de Fontenelles en Normandia. La raza merovingia habia ocupado el trono por espacio de doscientos setenta años.

Si los *Estudios* se fundan en hechos incontestables, el lector no habrá creído encontrarse en un país desconocido al recorrer el reinado de los francos, pues no puede menos de haber visto que siguió siempre subsistiendo el imperio *barbaro-romano*, tal cual existía un siglo antes de la invasión de Clodoveo. La sociedad en su fondo ha permanecido inalterable sin mas diferencia que la de hablar el pueblo vencedor que ha sus-

tituido la soberanía de los Césares, su idioma particular y distinguirse por algunas costumbres de sus bosques nativos. En vez de generales romanos se ven gefes germánicos que hacen gala de echar sobre su túnica estrecha y abigarrada la púrpura consular que les enviaban de Constantinopla, y de la que en realidad no eran indignos. Por todas partes dominaba el orden romano, en la religion, en las leyes y en el gobierno: las Galias y sobre todo el Lionésado, la Alibernia, la Provenza, el Langüedoc y la Guyena estaban cubiertos de templos, anfiteatros, acueductos, arcos de triunfo, y de ciudades adornadas de capitolios; las vias militares cruzaban el terreno y Brunquilda las mandó recomponer. Cierta es, sin embargo, que los reyes de las primeras razas, los gobernadores de palacio que mas se distinguieron, y el mismo Carlos Martel saquearon las ciudades que los bárbaros antecesores suyos habian respetado. Aviñon fue totalmente arrasado, y Agda y Beziers sufrieron la misma suerte. El mismo Carlos Martel destruyó á Nimes (738) sepultando aquellas ruinas que nosotros nos empeñamos en exhumar.

Tampoco cambió la naturaleza de la propiedad bajo la dominación de los francos: la esclavitud era de derecho comun entre los bárbaros, asi como entre los romanos, si bien se presentó con un carácter de mayor dulzura entre los primeros. Asi es que la esclavitud que se echa de ver en la Galia bajo la dominación de los francos no era el resultado de la conquista, sino meramente la que existia entre el pueblo vencedor y el pueblo vencido, efecto de aquellas leyes groseras nacidas de la ruda libertad germánica y de la sutileza de la legislatura producida por el refinado despotismo de la civilización romana. Los galos, que al extender los francos sus conquistas, eras libres, siguieron conservando su libertad, y los que no lo eran tuvieron que permanecer sometidos al yugo á que les condenaban el código romano y las leyes sálica, ripuaria, sajona, gombeta y visigoda. La propiedad media prosiguió existiendo confundida en la gran propiedad, por las razones que aduce Salviano. (*De Gul. Véase el Estudio V, tercera parte*).

Claramente se comprende la degradación moral de las personas fijando la atención en la tarifa de las *compensaciones*; mas no por eso se prueba que hubiese ocurrido un cambio en su Estado. Solo la nomenclatura basta para indicar la posición social que ocupaban los hombres: casi todos los nombres de los obispos y de los funcionarios civiles eran latinos del lado acá del Loira durante los primeros siglos de la monarquía, y casi todos los nombres de los militares eran francos; mas en Provenza, Auvernia y al otro lado del Loira hasta los Pirineos, todos los nombres de los empleados civiles, militares y eclesiásticos eran de origen latino ó gótico. Cuando los gefes francos empezaron á abrazar el estado eclesiástico, cuando el soldado se hizo fraile, el fraile á su vez y el obispo se hicieron soldados. Asi es que durante la primera raza se ve á un obispo de Auxerre, llamado Hainemaro combatir con Carlos Martel contra los sarracenos y contribuir eficazmente á la victoria (*Hist. epis. Acetis*).

Durante aquel período, las ciencias y las letras fueron en las Galias lo mismo que habian sido en el mundo romano, brillando mas ó menos según el grado de instrucción y tranquilidad de las diversas provincias del imperio. Como escritores de aquella época figuran Fortunato, Fredeger, Gregorio de Tours, Marcullo, San Remigio, una multitud de eclesiásticos y algunas personas legas.

Por lo tocante á la política vemos que el último de la raza merovingia fue tonsurado y reducido á encerrarse en un claustro. No se crea que eso fuese una novedad, antes por el contrario, era una costumbre que databa de muy atrás, pues tambien los últimos

emperadores de Occidente tuvieron que sujetarse á que se les cortara el cabello para hacerse clérigos ú obispos.

No parece, empero, cierto que Chilperico hubiese abrazado el estado monástico, si bien le cortaron el cabello y le desterraron á un monasterio. Cortar el cabello á un individuo de la raza merovingia no suponía otra cosa mas que despojarlo de su nobleza, y reducirlo á la clase del pueblo. Despojábase á un rey franco de su cabellera como á un emperador de su diadema. Los germanos en su sencillez habian adjudicado un signo de poder á la corona natural del hombre.

Aconteció que por esta costumbre fue introduciéndose la desigualdad en condiciones. Para que los gefes se distinguieran de los soldados, no hubo mas medio que el que estos se cortaran el cabello: de aquí resultó que el mero hombre del pueblo llevaba el cabello corto por detrás y largo por delante. (ΣΙΧΟΝΟ). Clodoveo y sus primeros compañeros ofrecieron al volver de la conquista del reino de los visigodos, algunos cabellos de su cabeza á los obispos. Dejábanles esta prenda aquellos sansones como en signo de fuerza y protección. Habiendo un pescador encontrado en las aguas del Marne el cadáver de un joven, conoció que era el de Clodoveo II por la larga cabellera que adornaba su cabeza, y cuyas trenzas no habia soltado aun el agua (GREG. DE TOURS, lib. VIII). Los Borgoñones conocieron por la misma señal en la batalla de Vesperonce, que un gefe franco, Clodomiro, debía haber sido muerto. «Esos gefes, dice Agatías, llevan una larga cabellera, partida sobre la frente y echada hácia atrás: rízanla algunas veces y la ungen con aceite; pero no es su cicia como la de algunos pueblos, ni está arreglada en pequeñas trenzas como la de los godos. Los hombres del pueblo llevan el cabello cortado en redondo y no se les permite dejarlo crecer.»

Juraban por sus cabellos. Al llegar el niño de la clase del pueblo á los doce años se le cortaba por primera vez el cabello, y esto daba lugar á una fiesta de familia llamada *capitolatoria*.

El clero llevaba tambien el cabello corto como siervo de Dios: ese mismo origen tiene la tonsura eclesiástica.

A los conspiradores se les condenaba á cortarse mutuamente el cabello.

Tambien los visigodos atribuian, según parece, al cabello el mismo poder que los francos: un cánón del concilio de Toledo del año 628, declara que el que se haya hecho cortar el cabello, no podrá ser elegido rey.

Cuando el cabello cortado habia crecido, suponian que tambien habia vuelto la aptitud del poder. Tierrí III recobró por esa circunstancia la regia dignidad que habia perdido juntamente con la largura del cabello. (*Quam nuper tonsoratus amiserat, recepit dignitatem*). Clodoveo habia mandado cortar el cabello al rey Khararik y á su hijo. El rey lamentaba su desgracia y el hijo le consolaba diciendo: «Las hojas que se arrancan de un tronco verde no impiden que otras broten en su lugar prontamente» (*In viridi ligno hæ frondes succisæ sunt; non omnino arescunt; sed velociter emergunt*).

Ni la misma corona de Carlomagno usurpó á la cabellera del franco la autoridad soberana. Lotario quiso apoderarse de su hermano Carlos á fin de tonsurarlo é inhabilitarlo para la monarquía, pero la naturaleza se habia anticipado á la enemistad fraternal, y la cabeza de Carlos el Calvo, presentaba la imagen de su incapacidad para llevar la corona. Mas ya á fines del siglo vi habia galo-romanos que dejaban crecer su barba y cabello y los francos se lo toleraban porque de ese modo encubrian el pequeño número á que la raza franca se iba quedando reducida. Gregorio de Tours hace observar que el bienaventurado Leobardo no era de los que procuraban complacer á los bárbaros

dejando flotar al aire los bucles de su cabellera.» (*Dimmessis capillorum flagellis barbarum plaudebat*. De Vit. Patrum). El preceptor de Dagoberto, Sandregihel, debió llevar larga la barba, puesto que Dagoberto se la cortó. Por último, en el siglo XI los reyes derogaron la ley que prohibía á los siervos llevar la barba larga, y esta derogación fue concedida á instancias de Pedro Lombardo, obispo de París y de otros muchos prebendados. Al dar los eclesiásticos sus siervos para la guerra convirtiéndolos en soldados, exigieron que no se diferenciara de las personas de condición libre contra las que iban á pelear. Hé aquí, pues, cómo la cabellera larga forma una notable época histórica en los anales de Francia, y cómo ha servido para indicar el tránsito de la esclavitud á la libertad, y la transformación de franco en francés. No debe, sin embargo, perderse de vista que también hubo galos llamados *Capillati*, *Crinosi*; una *Galia*, por decirlo así, que llevaba larga cabellera, *Gallia comata*, que los bretones tenían también la misma costumbre (*Fredeger*) y que en la vida de varios santos galos, se ve que cuidaban de sus cabellos; Será probable que al establecerse los francos entre los pueblos conquistados les obligaran á estos á dejar sus antiguas costumbres? Todo cuanto en la historia de Francia se lea relativo á las cabelleras, es preciso referirlo á la nación que ocupó victoriosamente su territorio.

No me detendré á examinar esa segunda invasión de los francos, cuya fecha suelen colocar en la época del advenimiento de los gobernadores de palacio de la raza carolingia, invasión á la que esta raza habría debido la corona. Es muy cierto que no cesaron las guerras

civiles entre los francos de la Austrasia y los de la Neustria; que esas guerras dieron el poder á los que sabían más y que á esa circunstancia debieron los carolingios su exaltación sobre la raza de los merovingios; pero en nada de eso se descubren señales de haber ocurrido una nueva invasión. Mientras no se encuentren documentos históricos que confirmen esa opinión me creo autorizado á no seguir la opinión de algunos hombres, cuyo mérito, sin embargo, me complace en confesar.

En tiempos de la primera raza y hasta en los de la segunda hubo en las familias bárbaras reinantes un desorden no conocido entre las familias romanas que ocuparon el trono. Los príncipes francos tenían muchas esposas y muchas concubinas y se verificaba la repartición de bienes entre los hijos de estas mujeres sin distinción de derechos de primogenitura ni de legitimidad.

La sociedad, por decirlo de una vez, en su composición y descomposición lenta y gradual permaneció casi inmóvil en tiempo de los merovingios, y no se manifestó sensiblemente la transformación sino á fines de la segunda raza. Nada, pues, de importante puede examinarse durante los cinco primeros siglos de la monarquía francesa, no siendo la progresión ascendente de la Iglesia hácia el más alto punto de su dominación. No tardaré en ocuparme de este particular así que lleguemos al principio de esa otra especie de barbarie que suele designarse con el nombre de edad media; barbarie de la que tomaron su origen los pueblos modernos, cuando se verificó por completo la fusión de las razas pagana, cristiana y bárbara.

SEGUNDA RAZA.

Una de las antiguas falsedades históricas que han adquirido visos de verdad en fuerza de ser repetidas, es el calificar de usurpación el advenimiento de Pipino al trono. Ya hemos hecho observar que en la monarquía electiva no puede haber más usurpación que la del monarca que la convirtiera en hereditaria. «Pipino fue elegido por parecer y consentimiento de todos los francos:» tales son las palabras textuales del primer continuador de *Fredeger* (cap. XII). Razon tuvo el papa Zacarías cuando habiendo sido consultado por Pipino, contestó: «Páreceme bueno y útil que sea rey el que sin tener el nombre de tal tiene el poder que le hace preferible al que ostentando el nombre de rey, carece de la competente autoridad.»

Por otra parte los pontífices en su cualidad de padre común de los fieles no pueden tomar parte en esas cuestiones de derecho, ni deben reconocer más que el hecho. Obrando de otro modo la Corte Romana se hallaría involucrada en todas las revoluciones políticas de los pueblos cristianos, y la caída del trono más insignificante allá en los últimos confines del mundo, haría estremecer el Vaticano. «El príncipe, según dice Eghinardo, se contentaba con llevar flotando el cabello y la barba larga: veáse reducido á una pensión alimenticia designada por el gobernador de palacio; no poseía más que una casa de campo que le producía una módica renta y cuando viajaba era en una carreta tirada por bueyes y conducida por un boyero á la manera de los aldeanos.»

Surgieron, sin duda, intereses que dieron apoyo á las realidades políticas. Los papas Gregorio II y Gregorio III habían tenido grandes relaciones con el gobernador de palacio Carlos Martel. Pipino deseaba ser rey de los francos, así como Zacarías deseaba sustraerse del yugo de los emperadores de Constantinopla,

protectores de los iconoclastas, y de la opresión de los lombardos. San Bonifacio, obispo de Fayenza que necesitaba de la cooperación de los francos para extender sus misiones por la Germania, fue el que medió como arreglador de este asunto entre Zacarías y Pipino. Sin embargo, este creyó deber pedir su absolución por la infidelidad cometida contra Childerico III al papa Estévan, á quien no debió servir de disgusto el ver que se reconocía su derecho de absolver y condenar.

Por otra parte los duques de Aquitania se mantuvieron largo espacio de tiempo rehusando someterse á Pipino; mas adelante hasta en la tercera raza, los veremos renegar de Hugo Capeto y fechar los actos públicos: *Rege terreno deficiente, Christo regnante*. En aquella época Guillermo el Grande, duque de Aquitania no reconoció de un modo auténtico sino á Roberto, hijo de Hugo: *Regnante Roberto, rege theosopho*. Hubieran sido ignoradas las causas secretas de las rudas guerras que Pipino de Heristal, Carlos Martel, Pipino el Breve y Carlos Martel hicieron á los aquitanos, si la carta de Alaon, impresa en los concilios de España, comentada é ilustrada por dom Vaissette no demostrara que los duques de Aquitania descendían de Hariberto por Bogghis, ilustre familia que se ha ido perpetuando hasta Luis de Armagnac, duque de Nemours, muerto en la batalla de Cerignoles en 1503. De manera que los duques de Aquitania descendían directamente de Clodoveo y solo la fuerza pudo reducirlos á ser vasallos de una corona que había pertenecido á sus padres. En la actualidad es curioso contemplar la mala fe ó la ignorancia de Eginardo: después de haber dicho que Carlos y Carloman sucedieron á su padre Pipino añade: «La Aquitania no pudo gozar de larga paz á consecuencia de las guer-

ras de que había sido teatro. Un tal *Hunold*, aspirando al poder trastornó la tranquilidad, etc. Este tal *Hunold* era nada menos que hijo de Eudes, duque de Aquitania y padre de Waiffe, igualmente duque de Aquitania y heredero de la casa merovingia. Me he detenido en esas guerras de Aquitania, por no haber hablado ningún historiador, excepto Gaillard y La Bruere de la verdadera causa que las produjo: no deben, pues, imputarse más que á una simple lucha entre lo pasado y lo presente, entre la primera raza y entre la segunda.

Pipino, electo rey en Soissons (751), derrotó á los sajones, y á ruegos del papa Estévan III, pasó á Italia para combatir á Adolfo, rey de los lombardos, que amenazaba á Roma después de haberse apoderado del exarcado de Rávena. Volviólo en efecto Pipino á conquistar, devolviólo al pontífice, y estableció los cimientos de la soberanía temporal de los papas.

A Pipino le sucedió su hijo que resucitó el imperio de Occidente. Carlomagno continuó la guerra contra los sajones por espacio de treinta y tres años, destruyó la monarquía de los lombardos en Italia, y contuvo á los sarracenos de España. La derrota de su retaguardia en Roncesvalles le granjeó una especie de celebridad novelesca que marcha al par de su verdadera gloria histórica.

Cuéntanse hasta cincuenta y tres expediciones militares de Carlomagno, según el cuadro que de ellas ha presentado un historiador moderno. Observa Mr. Guizot con mucho criterio que la mayor parte no tuvieron más objeto que contener y dar fin á las dos grandes invasiones de bárbaros del Norte y del Mediodía.

Carlomagno fue coronado emperador de Occidente en Roma por el papa Leon III (800). Después de un intervalo de 324 años fue restablecido aquel imperio, cuya sombra y cuyo nombre duran todavía después de haber desaparecido su cuerpo y su poder.

El interés que naturalmente inspira el honor de un grande hombre ha sido causa de que casi todos los escritores hayan llamado acerca del destino de los primos de Carlomagno. Pipino el Breve, dejó dos hijos, Carloman y Carlos: Carloman dejó también otros dos Pipino y Siagro. El primero ha desaparecido de la historia y por más de nueve siglos no se ha tenido noticia de la suerte del segundo. Un manuscrito de la abadía de Saint-Pons de Niza, remitido al obispo de Meaux dió por fin á conocer que Siagro abrazó el estado monástico en aquella comunidad, que llegó á ser obispo de Niza y mereció ser colocado en el número de los santos. De manera que al parecer solo á Bossuet estaba reservado el lavar de un crimen la memoria de Carlomagno.

Este monarca que con objeto de extinguir las invasiones de los bárbaros, los había ido á atacar hasta en su suelo nativo, fue el que vió las primeras velas de las embarcaciones de los normandos que con toda rapidez se alejaron de la costa que el emperador protegía con su presencia. Carlomagno al presentarse á la vista aquellas embarcaciones se levantó de la mesa y asomándose á una ventana permaneció un momento inmóvil y con la vista fija en el Oriente: algunas lágrimas surcaban sus mejillas, y nadie se atrevía á interrumpir su silencio, hasta que él mismo satisfizo la curiosidad de los próceres que le rodeaban diciéndoles: «¿Sabeis, leales vasallos míos, la causa que me hace derramar estas lágrimas? No es que por lo tocante á mi persona me inspiren temor esos piratas. Duéleme de que viviendo yo, se hayan atrevido á insultar estas plavas. Preveo los males que harán sufrir á mis descendientes y á sus pueblos.» (*Monje de Saint-Gall*).

Carlomagno al asociar al imperio á su hijo Ludovico-Pío (*Hloviugh le Debonnaire*), le dijo: «Hijo querido de Dios, de tu padre y de ese pueblo, tú que me

has sido dado por Dios para consuelo mio, ya lo ves: mis días avanzan: hasta la misma vejez se me escapa: el tiempo de mi muerte se acerca.

«Cristo me concedió el honor de nacer en el país de los francos, y me ha permitido poseer los dominios paternales, que se han conservado en un estado no menos floreciente que cuando los recibí. Soy el primero de los francos que ha recibido el dictado de César y he transportado á la raza de los francos el imperio de la raza de Rómulo. Recibe mi corona, oh hijo mio, siendo Dios propicio, y con ella las insignias del poder... Carlos abrazó tiernamente á su hijo y le dió el postrer adiós.» (*Ermold Nigel*).

El anciano cristiano Carlomagno llorando á la vista del mar por el presentimiento de las calamidades que iban á caer sobre su patria así que él dejara de existir; asociando al imperio con un corazón enteramente paternal á ese hijo que debía ser tan desgraciado padre; refiriendo á ese mismo hijo su historia, diciéndole que se honraba de haber nacido en el país de los francos y que á la raza de estos había transportado el imperio de la de Rómulo; Carlomagno anunciando que se le acababan sus días y que hasta la misma vejez se le escapaban hermosas escenas que están esperando al futuro pintor de la historia francesa. Las últimas palabras de un padre en medio de sus hijos tienen algo de triste y de solemne: el género humano es la familia del grande hombre y es la que le rodea en su lecho de muerte.

El poeta de Ludovico hace proceder la palabra Ludovicus de la dicción latina *Ludus*, ó lo que es aun más positivo de las dos palabras teutónicas, *Hlut*, famoso, y *Wigh*, dios de la guerra. Ludovico Pío fue por desgracia demasiado buen estudiante, sabía el griego y el latín, y es indudable que la educación literaria dada á los hijos de Carlomagno fue una de las causas que contribuyeron á la pronta degeneración de su raza. Ludovico heredó el título de emperador y rey de los francos, y al otro hijo de Carlomagno, Pipino, le tocó en herencia el reino de Italia.

El primero de estos dos hermanos asoció su hijo Lotario al imperio (817); al otro hijo llamado Pipino dió el ducado de Aquitania y á Luis el reino de Francia: de manera que de los cuatro hijos que tuvo, solo el último llamado Carlos el Calvo, habido en su segunda esposa Judit, fue el que por de pronto no participó de la herencia.

Las disputas ocurridas entre Ludovico Pío y sus hijos le dieron por resultado el ser depuesto y restaurado dos veces en el trono, hasta que por último espiró (840) de inacción y disgusto.

No tenía Carlos el Calvo más que diez y siete años de edad cuando ocurrió la muerte de su padre, y era ya rey de Francia, de Borgoña y Aquitania. Uniéronse á su tío Luis, rey de Baviera contra Lotario emperador y rey de Italia y Roma, dando en Borgoña la batalla de Fontenai (25 de junio 841) y quedando vencedores de Lotario y del joven Pipino, hijo de Pipino, rey de Aquitania, cuyos despojos habían sido dados por Ludovico Pío á Carlos el Calvo.

Dícese que en esta batalla llegó á cien mil el número de los cadáveres que quedaron en el campo: lo cual es una manifiesta exageración. (Véase la *sabida Disertación del abate Lebrouf*). Mas debe tenerse presente que los combates eran extremadamente sangrientos entre los francos y que el órden profundo que su infantería afectaba, solía producir extraordinarios resultados. Tierrí alcanzó una victoria (612) sobre su hermano Teodoberto en Tolbiac, sitio que ya anteriormente gozaba de celebridad. «Tan grande fue el número de los que murieron en uno y otro ejército, dice la Crónica de *Fredeger*, que no habiendo en aquel campo bastante extensión para que los cadáveres pudieran caer al suelo, se mantuvieron de pies apiñados los unos sobre los otros, como si no se les